

¿UNA NACIÓN EXCEPCIONAL?

Estados Unidos de América no nació como nación sino hasta unos 175 años después de su fundación como un grupo de colonias, en su mayoría británicas. Sin embargo, desde el principio fue una sociedad diferente a los ojos de muchos europeos que la veían desde lejos con esperanza o con aprensión. La mayoría de sus colonizadores -- ya fueran hijos menores de aristócratas, disidentes religiosos o gente empobrecida obligada a la servidumbre bajo contrato -- llegaron atraídos por la promesa de oportunidades o libertades que no estaban a su alcance en el Viejo Mundo. Los primeros estadounidenses renacieron en libertad, se establecieron en tierras vírgenes donde no tenían más trabas de orden social que las de los pueblos aborígenes primitivos a los que desplazaron. Habiendo dejado atrás los atavismos de un orden feudal, se enfrentaron a nuevos obstáculos para desarrollar una sociedad edificada sobre los principios del liberalismo político y social que surgió con dificultad en la Europa de los siglos XVII y XVIII. Basado en el pensamiento del filósofo John Locke, este tipo de liberalismo exaltó los derechos del individuo y las restricciones al poder del gobierno.

La mayoría de los inmigrantes que llegaron a Norteamérica venían de las islas británicas, cuyo sistema político era el más liberal de Europa junto con el de los Países Bajos. En cuanto a religión, la mayoría profesaba en diversas formas el calvinismo, con su énfasis en las relaciones contractuales tanto divinas como seculares. Esto facilitó en gran medida la instauración de un orden social construido sobre los derechos individuales y la movilidad social. El desarrollo de una sociedad comercial más compleja y altamente estructurada en las ciudades de la costa a mediados del siglo XVIII no detuvo esa tendencia; en esas ciudades fue donde se gestó la revolución de Estados Unidos. La constante reconstrucción de la sociedad a lo largo de una frontera oeste en perpetuo retroceso contribuyó de igual manera a crear un espíritu democrático liberal.

En Europa, los ideales de los derechos individuales avanzaron con lentitud y a paso irregular, y el concepto de democracia era aún más ajeno. El intento de establecer ambos en la nación más antigua de la Europa continental dio lugar a la Revolución Francesa. El intento de destruir una sociedad neofeudal mediante la instauración de los derechos del hombre y la fraternidad democrática generó el terror, las dictaduras y el despotismo napoleónico. A la postre, desembocó en la reacción y dio legitimidad a un viejo orden decadente. En Norteamérica, el pasado europeo fue superado por ideales que surgieron de modo natural del proceso de edificar una nueva sociedad en tierras vírgenes. Los principios del liberalismo y la democracia fueron firmes desde el inicio. Una sociedad que había desechado las cargas de la historia de Europa había de generar con naturalidad una nación que se concibió a sí misma como excepcional.